Iglesia Adventista
del Séptimo Día
DIVISIÓN SUDAMERICANA

SERMONES

SEMANA SANTA
2020

Amor
escrito con sangre

SEMANA SANTA
2020

Amor escrito con sangre

Iglesia Adventista
del Séptimo Día®

EXPEDIENTE

Copyright © División Sudamericana
Derechos internacionales reservados.

Coordinación General
Pr. Herbert Boger – Ministerio Personal – División Sudamericana.

Autores
Pr. Arilton Oliveira – Red Nuevo Tiempo
Pr. Diogo Cavalcanti – Casa Publicadora Brasileña

Tapa
Gustavo Leighton

Diseño de tapa
Gustavo Leighton

Impresión y terminación
Casa Publicadora Brasileña

2020

RESUMEN

MOMENTO PARA CELEBRAR **5**
1. SÁBADO 4 DE ABRIL / AMOR ESCRITO CON SANGRE **7**
2. DOMINGO 5 DE ABRIL / CRISTO, NUESTRO SUBSTITUTO **12**
3.LUNES *6* DE ABRIL / CRISTO, NUESTRO RESCATADOR **17**
4. MARTES 7 DE ABRIL / CRISTO, NUESTRA GARANTÍA **22**
5. MIÉRCOLES 8 DE ABRIL / CRISTO, NUESTRA ESPERANZA **27**
7. JUEVES 9 DE ABRIL / CRISTO, NUESTRO ABOGADO **32**
8. VIERNES 10 DE ABRIL / CRISTO, NUESTRO JUEZ **37**
9. SÁBADO 11 DE ABRIL / CRISTO, NUESTRO REY **42**

Semana Santa

MOMENTO PARA CELEBRAR

El evangelismo de cosecha de Semana Santa es una oportunidad única para presentar a Jesús y la vida que encontramos en él por medio de la Palabra de Dios. El objetivo del evangelismo es recordar el sacrificio, la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo en favor de la humanidad, incentivando a miles de personas a aceptar la salvación que él ofrece.

En 2020, la Iglesia Adventista del Séptimo Día celebra los 50 años de este proyecto, entre el 4 y 11 de abril. Será una semana impactante, y servirá, una vez más, para ayudar a personas en prácticamente toda Sudamérica a tener una experiencia viva con Cristo, quien nos salva e intercede por nosotros.

En este año, adoptaremos el mismo lema de la primera edición de este proyecto: Amor escrito con sangre. Reflexionaremos en el valor del sacrificio de Jesús a partir de las lecciones del santuario a lo largo de la Biblia. Así, apreciamos más el tremendo esfuerzo y el sufrimiento de Cristo en la cruz para salvarnos.

Como bien lo expresó la escritora norteamericana Elena de White: “Cada espasmo soportado por el Hijo de Dios en la cruz, las gotas de sangre que fluyeron de su frente, sus manos y sus pies, las convulsiones de agonía que sacudieron su cuerpo y la ineludible angustia que llenó su alma cuando su Padre ocultó su rostro de él, hablan al hombre diciéndole: ‘Por amor a ti el Hijo de Dios consintió en permitir que estos terribles crímenes fueran depositados sobre él; por ti saqueó los dominios de la muerte y abrió las puertas del Paraíso y la vida inmortal’” (*Historia de la redención*, p. 233).

La historia de la libertad humana fue escrita con la sangre de un Dios que prefirió morir a vivir sin ti (Juan 3:16). Él te invita a ver su amor durante esta Semana Santa. “¡Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay otro!” (Isaías 45:22). Su Hijo Jesús es quien nos atrae; es suficiente con solo mirar: “Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:32). “[…] Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Juan 18:37).

Jesús nos atrae personalmente: Él tiene un vínculo personal con nosotros. “No te desampararé ni te dejaré” (Hebreos 13:5).

Jesús nos atrae emocionalmente: Él calma el corazón angustiado. “Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7).

Jesús nos atrae espiritualmente: Él nos capacita para seguir en el camino. Recuerda lo que Jesús dijo: “separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).

Su invitación es: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Reflexiona, estudia y predica este mensaje con toda convicción, pues Cristo, quien murió por nosotros, pronto volverá. ¡Él cuenta contigo!

Pr. Herbert Boger

Ministerio Personal de la División Sudamericana

SÁBADO

AMOR ESCRITO CON SANGRE

SALUDO

TEXTO CLAVE: Apocalipse 13:8

“La adoraron todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no estaban escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado”.

INTRODUCCIÓN

Es difícil mirar los noticieros. Vemos muchas tragedias y maldades todos los días. Muchos se preguntan cómo Dios lidia con eso. Y el futuro aun reserva momentos dramáticos. El tema de Apocalipsis 13 es el fin del gran conflicto entre el bien y el mal vivenciado en nuestro planeta. De un lado está la bestia, un monstruo simbólico, con siete cabezas y diez cuernos. Por medio de ella, el dragón (Satanás) busca la adoración. Del otro lado, tenemos al Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo y por eso es digno de recibir “la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apoc. 5:12). Nuestra respuesta sobre a quién vamos a adorar decidirá nuestro destino eterno.

El Cordero y el dragón son los dos protagonistas del gran conflicto que se ha extendido por milenios y que tuvo su origen en el templo o santuario donde Dios habita. Vamos a descubrir cómo ocurrió.

Pregunta de transición: ¿Dónde habita Dios?

1. EXISTE UN SANTUARIO EN EL CIELO

Decenas de textos en la Biblia afirman que existe un templo o santuario en el cielo, la morada de Dios. Moisés escribió: "Mira desde tu morada santa, desde el cielo, y bendice a tu pueblo Israel, y a la tierra que nos has dado, como juraste a nuestros padres, tierra que fluye leche y miel" (Deut. 26:15). David afirmó: "Jehová está en su santo Templo; Jehová tiene en el cielo su trono [...]" (Sal. 11:4); el salmista enseña: "porque miró desde lo alto de su santuario; miró Jehová desde los cielos a la tierra para oír el gemido de los presos, para soltar a los sentenciados a muerte" (Sal. 102:19-20).

En la Biblia, las palabras *santuario, templo y tabernáculo* representan la morada de Dios, ya sea en el cielo como en la Tierra. Estas pueden señalar al santuario construido por Moisés, después de liberar al pueblo de Israel del cautiverio egipcio; o al templo construido por Salomón en Jerusalén; y otras veces señalan al santuario que existe en el cielo, del cual el terrenal era solo una copia.

Actividades del santuario

¿Qué actividades tienen lugar en el templo o santuario celestial? La Biblia menciona varias actividades, y estas pueden ser divididas en dos fases específicas, antes y después del surgimiento del mal y el pecado.

El templo o santuario celestial es la propia *morada de Dios*, el lugar en el que é habita. Juan vio el santuario de Dios que se encontraba en el cielo (Apoc. 11:19). En Hebreos descubrimos que el verdadero santuario y tabernáculo fue construido en el cielo, por Dios y no por el hombre (Heb. 8:1, 2). El propio tabernáculo que Moisés erigió fue hecho según el modelo celestial (Heb. 8:5).

El templo o santuario celestial es también un lugar de adoración; por eso tenía una *función litúrgica*. El Salmo 150:1 dice: "Alabad a Dios en su santuario; alabadlo en la magnificencia de su firmamento". El Salmo 134:1, 2 invita: "Mirad, bendecid a Jehová, vosotros todos los siervos de Jehová, los que en la casa de Jehová estáis por las noches. Alzad vuestras manos al santuario y bendecid a Jehová".

Pregunta de transición: ¿Qué acontecimiento en el santuario celestial afectó el orden del universo?

2. EL SURGIMIENTO DEL MAL EN EL SANTUARIO DEL CIELO

De acuerdo con el profeta Ezequiel, el mal tuvo origen en el propio templo o santuario celestial. En su libro, usando la figura del rey de Tiro, una importante ciudad comercial del mundo antiguo, él compara a ese rey con Satanás. El rey de Tiro, entonces, funciona como un tipo de Satanás. El profeta escribió: "Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios. Allí estuviste, y en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado hasta que se halló en ti maldad" (Eze. 28:14,15).

La expresión "querubín protector" o "querubín cubridor" indica que ese ser angelical había sido ungido o dedicado por el propio Dios para estar lo más cerca posible de él. Note que ese ser angelical era ungido para cubrir el trono de Dios. La palabra "ungido" viene de la misma palabra para "mesías", un término que fue reservado para Jesús como el Ungido de Dios para salvarnos (Dan. 9:25, 26). Jesús, el Ungido, vino para destruir el mal causado desde tiempos antiguos por el querubín ungido (1 Juan 3:8). El profeta también dice que el querubín permanecía en el "santo monte de Dios", expresión que representa la sede del gobierno divino, o sea, el propio santuario celestial. Esto quiere decir que el mal surgió en el santuario celestial, y es allí donde debe ser resuelto.

"Lucifer había sido el querubín cubridor. Había estado en la luz de la presencia de Dios. Había sido el más alto de todos los seres creados y el primero en revelar los propósitos de Dios al universo" (Elena G. White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 706). Misteriosamente, el mal comenzó a surgir en el corazón de este importante ser angelical. Ezequiel revela: "Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor [...]" (Eze. 28:17). El mal que había surgido en el corazón de aquel ángel tenía que ver con una admiración de sí mismo, el orgullo y la exaltación propia. Además de eso, ese ángel hizo "tratos comerciales" en el santuario celestial: "Con tus muchas maldades y con la iniquidad de tus tratos comerciales profanaste tu santuario [...]" (Eze. 28:18). Aquí las profecías relacionan las prácticas corruptas de comercio del rey de Tiro con el "comercio" corrupto del querubín rebelde. En un primer momento, el mal surgió en su corazón; luego, el empezó a intentar convencer a los demás ángeles a seguirlo en su rebelión contra Dios. En el libro de Apocalipsis, el dragón arrastra con su cola "la tercera parte de las estrellas del cielo" (Apoc. 12:4), que son un tercio de los ángeles (Apoc. 1:20). O sea, el querubín rebelde logró convencer a un tercio de los ángeles del cielo en su rebelión contra Dios.

El resultado de aquello no podía ser otro: Conflicto en el cielo. En Ezequiel, el enemigo de Dios fue "lanzado por tierra" (Eze. 28:17). El propio Jesús afirma: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Luc. 10:18). El libro de Apocalipsis pinta esa batalla en tonos dramáticos, haciendo una conexión entre el conflicto en el cielo y la victoria de Cristo en la cruz, que garantizó la expulsión definitiva de los enemigos.

"Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. Luchaban el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él" (Apoc. 12:7-9).

La expulsión de Satanás fue el primer paso dado por Dios para combatir el mal. Además de ser la sede del gobierno divino, el santuario servía para la adoración a Dios, pero también se convirtió el "centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres" (*El evangelismo*, p. 165).

Pregunta de transición: ¿Cómo ese conflicto cósmico, iniciado en el cielo, afectó nuestro planeta?

3. EL CORDERO MUERTO: SACRIFICIO SUPREMO

La rebelión de Satanás es anterior a la creación del planeta Tierra. El surgimiento de este mundo ocurrió en medio del gran conflicto entre Jesús y Satanás. En juego estaba el propio Señor, que era acusado constantemente por Satanás de ser un Dios tirano que limitaba la felicidad y libertad de sus criaturas. Al final, ¿Satanás tenía razón? Así como siempre, Dios permitió que cada ser creado por él, ya fuesen ángeles o personas, analizaran y decidieran, pero también hizo un llamado a sus corazones. Después de todo, solo existe amor cuando hay libertad. Nadie puede ser forzado a amar. Dios no fuerza ni engaña a nadie.

Adán y Eva eligieron creer en un animal usado como marioneta por Satanás, que los engañó, prometiendo que serían como Dios (Gán 3:1-6). Dieron lugar a la desconfianza y también se rebelaron contra el Creador, a pesar de que él les había dado la vida con tanto amor y cariño. Al rebelarse contra Dios, que era la vida, se volvieron mortales. En una alegoría, sería lo mismo que los smartphones "se rebelaran" contra las fuentes de energía y decidieran funcionar de forma independiente, solo con la carga de sus baterías. En algún momento, esos aparatos se apagarían. Así ocurre con nosotros desde que nuestros primeros padres pecaron. Recibimos el pecado y la muerte como herencia: "Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Rom. 5:12).

Sin embargo, a pesar de la ingratitud humana, Dios no se dio por vencido con nosotros. Nuestro destino sería la muerte eterna, pero Dios ya tenía un plan para salvarnos. Como vimos al principio, Jesús es el "Cordero que fue inmolado" (Apoc. 13:8). Cuando surgió el mal, Cristo ya estaba comisionado para salvarnos por medio de su muerte en la cruz. Cuando el mal surgió, la gracia y el perdón ya estaban listos, así como los bomberos están preparados para cualquier emergencia. Dios nunca es tomado por sorpresa; es un Padre amoroso que no se da por vencido con sus hijos, y no se da por vencido con usted.

Aquí vemos el plan de redención en el que la propia divinidad se sacrifica por la humanidad. ¿Imaginó eso? ¿Existe mayor prueba de amor? Satanás acusaba a Dios de ser tirano, pero Dios reveló en la práctica hasta qué punto estaba dispuesto a ir para salvarnos. Él no se restringió a palabras escritas

con tinta y papel, fue más allá; con el rojo vivo de su sangre, escribió en la cruz del calvario su amor por usted y por mí.

En Jesús y su sacrificio, la gracia solo fue *manifestada*, pues existía desde siempre en el corazón y en los planes de Dios. El apóstol Pedro declara que somos salvos "con la sangre preciosa de Cristo, [...]. Él estaba destinado desde antes de la fundación del mundo, pero ha sido manifestado en los últimos tiempos por amor de vosotros" (1 Ped. 1:19-20). El propio Hijo de Dios se ofreció para asumir toda la culpa y resolver el problema del pecado. Por eso Juan, en Apocalipsis declara: "El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza" (Apoc. 5:12). Debemos estar infinitamente agradecidos por ese amor divino que nos restaura y nos salva.

CONCLUSIÓN

El pecado surgió en el universo con un ángel cubridor en el propio santuario celestial. Aun así, Dios no fue tomado por sorpresa, y en ese mismo santuario el pecado empezó a ser resuelto. En el instante exacto en que surge el mal, la gracia divina ya estaba disponible. Mediante la sangre derramada del Cordero, muerto desde la fundación del mundo, podemos tener la esperanza de la vida eterna.

LLAMADO

El amor de Cristo nos constriñe. No podemos ser indiferentes al amor de un Dios que demuestra un amor tan inmenso, y tan allegado a nosotros. Aun hoy, él no fuerza a nadie a amarlo, pero invita, llama a la puerta de su corazón. ¿Cuál será su respuesta? Acepte hoy la invitación de Jesús. No sea rebelde, abra su corazón para que Cristo viva en él y le dé su perdón, confianza y paz.

DOMINGO

CRISTO, NUESTRO SUBSTITUTO

SALUDO

TEXTO CLAVE: Génesis 3:15

"Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón".

INTRODUCCIÓN

¿Alguna vez sufrió por una calumnia o mentira? ¿Fue fácil probar su inocencia? En la historia bíblica, Dios sufrió graves acusaciones de parte de Satanás. Después de tolerar por largo tiempo la obra de engaño del ángel caído, Dios finalmente tuvo que expulsarlo del cielo. En una descripción que revela la expulsión del cielo completada en la cruz, Juan vio que "fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él" (Apoc. 12:9). Como también ya vimos, un tercio de los ángeles de Dios acompañó a Lucifer en su rebelión y también fueron expulsados (Apoc. 12:4).

Al llevar el pecado a la Tierra, Satanás planeaba expandir su rebelión. Sus engaños, su comercio de ideas sucias avanzó, y él continuaba acusando a Dios y a sus hijos, especialmente a los seres humanos pecadores.

En el libro de Job, Satanás tuvo la osadía de ir al cielo y presentarse ante el Señor junto a "los hijos de Dios" (Job 2:1). Esos hijos de Dios no son mencionados como ángeles, y tampoco son seres humanos, pues comparecen delante de Dios. Ciertamente se trata de otros seres creados por Dios. Satanás fue ante el Señor a fin de lanzar una doble acusación contra él y contra Job. Vean que Satanás continuaba esparciendo sus semillas de odio y rebelión a otros seres y otros mundos creados por Dios. De alguna forma, aun ponía en duda el carácter de Dios, y esa era su principal arma en el gran conflicto.

Solo en ocasión de la muerte de Cristo las mentiras del enemigo fueron completamente expuestas. "Hasta la muerte de Cristo, el carácter de Satanás

no fue revelado claramente a los ángeles ni a los mundos que no habían caído. El gran apóstata se había revestido de tal manera de engaño que aún los seres santos no habían comprendido sus principios. No habían percibido claramente la naturaleza de su rebelión" (Elena G. White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 706).

La intención de Satanás era contaminar los mundos creados por Dios, así como había intentado contaminar el santuario en el cielo (ver Isa. 14:12-14; Eze. 28:14-18) y la tierra, lo que vamos a entender mejor en este estudio. El enemigo de Dios buscó el éxito en el jardín del Edén, el hogar de la primera pareja de la familia humana.

Pregunta de transición: ¿Qué dice la Biblia sobre el jardín del Edén? ¿Había algún significado especial en él?

1. EL EDÉN Y EL IDIOMA DEL SANTUARIO

El texto de Génesis 2:4 a 3:24 vemos términos clave y conceptos que se relacionan al mensaje del santuario en el Antiguo Testamento. Después que el ser humano fue formado del polvo de la tierra y que Dios sopló en su nariz el aliento de vida, Génesis declara: "Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado" (Gén. 2:8). El jardín del Edén fue creado no solo para servir de habitación, sino también como un punto de encuentro con el Creador. Veamos algunos paralelos más entre el jardín del Edén y el santuario, destacados por Ángel Manuel Rodríguez (revista *Ministry*, abril de 2002), con base en varios estudiosos de la Biblia:

1. *Punto de encuentro*: así como Dios "paseaba por el huerto" (Gén. 3:8) para encontrarse con sus hijos, también estaba en medio de su pueblo en el santuario (2 Sam. 7:6, 7).

2. *Orientación hacia el este*: el jardín estaba ubicado en la parte oriental del Edén (Gén. 2:8), y la entrada del antiguo santuario estaba mirando hacia el oriente (Éxo. 27:13-16).

3. *Fuentes de agua*: el jardín era regado por un río que salía del Edén y se dividía en cuatro brazos (Gén. 2:10). Las fuentes de agua también estaban asociadas al santuario (Sal. 46:4) y había una fuente o lavatorio de bronce que quedaba en la entrada del santuario (Éxo. 38:8).

4. *Trabajo*: la primera pareja debía "labrar" y "cuidar" el jardín (Gén. 2:15). En hebreo, los mismos dos verbos son usados con relación al servicio de los levitas en el tabernáculo (Núm. 3:7, 8; 8:26).

5. *Plantas*: las figuras relacionadas a plantas estaban presentes en los objetos y en partes de todo el santuario, las cuales recordaban al árbol de la vida y a la belleza natural del jardín recién creado por Dios (Éxo. 25:31-36; 1 Rey. 6:18).

6. *Querubines*: después de la entrada del pecado, los querubines comenzaron a guardar la entrada del jardín del Edén (Gén. 3:24). Había representaciones de dos querubines en el lugar santísimo del santuario (Éxo. 25:18-22).

7. *Juicio y redención*: después de la entrada del pecado en el jardín, Dios realiza un acto de juicio, o sea, hace preguntas, evalúa la situación con base en lo que había escuchado de la primera pareja, y dicta sentencias (Gén. 3:11-20). Sin embargo, dadas las necesidades de Adán y Eva, les proporciona ropas de cuero del animal muerto (Gén. 3:21) y promete la salvación en el Descendiente prometido, quien pagaría con su propia sangre el precio de la salvación de ellos (Gén 3:15). En el santuario, el cuero de los animales sacrificados debía ser dado a los levitas (Lev. 7:8).

El jardín del Edén es llamado en la Biblia "huerto de Jehová" (Isa. 51:3; Eze. 28:13; 31:9). Era el lugar en donde nuestros primeros padres debían adorar y tener comunión con el Creador. El propósito divino era que Adán y sus descendientes vivieran allí en perfecta armonía y paz.

Adán y Eva, los primeros seres humanos, fueron creados como agentes morales libres. Debían ejercer su libre albedrío al decidir si obedecer o no a las órdenes divinas. En el fuego cruzado de la guerra entre el bien y el mal, debían elegir un lado: la voluntad de Dios o la rebelión y el distanciamiento.

Pregunta de transición: ¿Cuál fue la prueba aplicada al hombre? ¿Cómo nuestro planeta fue contaminado por el pecado?

2. EL MAL EN EL PARAÍSO

Dios dio a Adán la siguiente orientación: "De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás" (Gén. 2:16,17). Esa era la prueba, y el obedecer o no las órdenes divinas resultaría en vida eterna, o en muerte eterna.

Trágicamente, Adán y Eva desobedecieron la clara orientación divina y comieron del fruto prohibido del árbol del conocimiento del bien y del mal. El problema no estaba en el fruto en sí, sino en el acto de desobediencia y, principalmente, en sus motivaciones: Al comer del fruto, ellos creían que podrían ser como Dios. Allí habría un componente de audacia, orgullo y soberbia. El resultado natural de la desobediencia era la muerte; pero la mayor pérdida no fue la expulsión del jardín, y sino la pérdida de estar en la presencia de Dios, que es la propia vida.

El apóstol Pablo explica que la serpiente (Satanás), con su astucia, logró engañar a nuestros primeros padres y llevarlos a desobedecer (2 Cor. 11:3). El enemigo prometió que ellos serían "como Dios" (Gén. 3:5), lo que de cierta forma ya eran, pues el ser humano había sido creado a imagen y semejanza divina (Gén. 1:26). Sin embargo, por el acto de desobediencia a Dios, dejaron de ser semejantes a él y se volvieron más parecidos al enemigo de Dios, pues comenzaron a mentir y a acusarse mutuamente, que es la forma en la que Satanás actúa (Apoc. 12:10). El pecado distorsiona la imagen divina en el ser humano.

Aun así, Dios, en su infinito amor y misericordia, no permitió que se nos dejara sin esperanza y condenados a la muerte eterna. Él proporcionó un sustituto. En el mismo escenario en el que surge el pecado, ocurre la manifestación más linda del amor y la gracia.

Pregunta de transición: ¿Cuál fue la solución divina al problema del pecado? ¿Cómo Dios salvaría a los seres humanos de la muerte eterna?

3. EL SUSTITUTO

Dios había sido claro en sus orientaciones: "porque el día que de él comas, ciertamente morirás" (Gén. 2:17). La muerte sería la consecuencia natural de la desobediencia. Así, después del pecado, Dios podría actuar solo de una de estas tres maneras: (a) Podría haber dejado que la primera pareja muriera como resultado de su desobediencia, y eso no sería para nada injusto, pues el hombre había sido advertido previamente; (b) podría, tal vez, abolir sus propias palabras que prohibían a la pareja de participar del fruto, pero las palabras y las leyes de Dios no pueden ser cambiadas; o (c) podría ejecutar la sentencia contra un sustituto a fin de librar a los seres humanos culpables. Fue exactamente eso lo que Dios hizo. Un animal murió en el día en que la primera pareja pecó. Era el primer sacrificio que simbolizaba a aquel que moriría en el lugar del ser humano.

De esa forma, antes de hablar de las consecuencias negativas que recaerían sobre la primera pareja y sus hijos, Dios anunció las consecuencias que recaerían sobre él mismo. El Creador dijo a Eva y a la serpiente: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón" (Gén. 3:15). Dios sería herido, pero en ese proceso aplastaría la cabeza de la serpiente, decretando el fin del mal.

Con el pecado, hubo un acercamiento mortal entre la serpiente (Satanás) y la humanidad. Dios tuvo que intervenir para generar una enemistad entre ambos y finalmente enviar al Salvador a fin de destruir a Satanás y todo el mal que él representa. Jesús vendría para dar su vida y ofrecer una segunda oportunidad, de modo que los seres humanos pudiesen volver al paraíso que habían perdido, y donde nuevamente tendrán acceso al árbol de la vida (Apoc. 22:2).

Jesús es designado en el texto como "el Descendiente" (Apoc. 12:1-5; cf. Gál. 3:16, 19) que vendría para herir la cabeza de la serpiente. La palabra "herir" en realidad significa "aplastar" en el idioma original. Es evidente que aplastar la cabeza es mucho más grave que herir el talón. Sin embargo, esa herida en el talón indica que, al salvar a la humanidad, el Hijo de Dios también sería herido, tendría un precio que pagar con su sangre. Después de todo, las mordidas de las serpientes venenosas en el tobillo pueden costar la vida. Así, el Hijo de Dios sería herido de muerte al asumir sobre sí los pecados de toda la raza humana. Fue el eterno amor de Dios lo que lo motivó a entregarse en pro de sus criaturas.

En Génesis 3:15 tenemos un resumen del gran conflicto entre Cristo y Satanás. Fue una guerra que comenzó en el cielo (Apoc. 12:7-9), continuó en la Tierra, donde Cristo nuevamente lo derrotó (Heb. 2:14), y que terminará finalmente con la destrucción definitiva de Satanás al final del milenio (Apoc. 20:10).

Adán comenzó a mirar con otros ojos a la mujer, a quien había culpado por su error. Surgió la esperanza, pues el Descendiente prometido sería generado por ella. La alegría de saber que ellos vivirían y tendrían descendientes motivó tanto a Adán que puso por nombre a su esposa "Eva" (ḥava) porque ella sería la madre de todo *hay* ("ser viviente") (Gén. 3:20). Por eso, también son significativas las palabras pronunciadas por Eva en ocasión del nacimiento de Caín. Ella le da ese nombre (*Qayin*) porque afirma con emoción: "Adquirí (*qaniti*) un varón, el Señor (et *Yahweh*)" (Gén. 4:1, traducción libre). A diferencia de varias versiones bíblicas, en el hebreo no hay ninguna preposición indicando que Eva haya adquirido un hijo "con la ayuda" o "por el" Señor. En el original solo está: "Adquirí un varón, el Señor". Adán y Eva esperaban que su primer hijo fuese el Salvador prometido. Pero el tiempo mostró que no sería así. Caín asesinó a su hermano menor Abel, y la pareja sufrió amargamente las consecuencias del mal que había abrigado en el corazón.

Adán y Eva sacrificaban animales a la puerta del jardín. En cada animal muerto era anunciada la promesa del Libertador. Este ritual fue pasado a todos sus descendientes. Por eso vemos a los patriarcas Abraham (Gén. 22:13) y Jacob (Gén. 46:1) ofreciendo sacrificios al Señor. Todos ellos esperaban al Salvador prometido. Jesús mismo dijo: "Abraham, vuestro padre, se gozó de que había de ver mi día; y lo vio y se gozó" (Juan. 8:56). Así también, en las fiestas establecidas por Dios en el Sinaí (Éxo. 12; Lev. 23), en la construcción y en los servicios del santuario terrenal (Éxo. 25), las buenas nuevas de salvación eran predicadas a todos los pueblos. Cada animal sacrificado era un símbolo de la fe y de la esperanza en la venida del Mesías salvador.

CONCLUSIÓN

Debido a la entrada del mal en este mundo, el jardín del Edén fue contaminado. Sin embargo, Jesús vino, cumpliendo las profecías bíblicas. Por medio del ministerio de la encarnación y de su sacrificio se garantizaría una segunda oportunidad. La justicia divina exigía que el pecado recibiera la penalidad, pero la misericordia de Dios ya había encontrado una forma de redimir a la raza humana caída. Cristo no salió ileso de esa batalla contra las fuerzas del mal. Las marcas de los clavos en sus manos y pies para siempre serán el recordatorio del alto precio que pagó para librarnos de la muerte eterna (Juan 20:25; Zac. 13:6).

LLAMADO

Contemple por la fe las marcas en las manos de Cristo. Las heridas que él sufrió allí fueron por usted. Valore el gran esfuerzo realizado para su salvación. Acepte hoy el llamado de Dios para salvar y transformar su vida.

LUNES

CRISTO, NUESTRO RESCATADOR

SALUDO

TEXTO CLAVE: 1 Corintios 5:7

"Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, como sois, sin levadura, porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros".

INTRODUCCIÓN

Las fiestas bíblicas del pueblo de Israel eran ventanas abiertas para el conocimiento de la salvación. Entenderlas es esencial porque eran la manera que Dios usaba para enseñar al pueblo que la religión es festiva y alegre. Las fiestas también celebraban el plan de salvación hecho desde la eternidad.

El pueblo de Israel celebraba siete fiestas a lo largo del año. Estas conmemoraban eventos importantes de la historia nacional, pero también eran simbólicas o tipológicas, ya que señalaban a eventos futuros de mayor magnitud. Otro detalle importante es que la relación simbólica no se verificaba solo en cuanto al evento en sí, sino también con respecto al tiempo. O sea, los eventos tipificados por las fiestas tenían una correspondencia temporal o cronológica.

Las fiestas en Israel ocurrían en dos estaciones del año: primavera y otoño. Las fiestas de la primavera (Pascua, Panes ácimos, Primicias y Pentecostés) señalaban a los acontecimientos relativos al primer advenimiento de Cristo, mientras que las de otoño (Trompetas, Expiación y Tabernáculos) señalaban a los acontecimientos relativos a la segunda venida de Cristo. La primera fiesta celebrada en la historia de Israel fue la Pascua.

Pregunta de transición: ¿Cuál es el origen de la Pascua? ¿Cuándo fue celebrada la primera Pascua?

1. EL ORIGEN DE LA PASCUA

La fiesta de la Pascua era la más importante para el pueblo de Israel. Fue instituida en ocasión de la liberación de la esclavitud en Egipto. Antes que cayera la décima plaga, Moisés recibió instrucciones divinas para que cada familia israelita "separara un cordero"; este debía ser "sin defecto, macho de un año". Debía ser separado el décimo día del primer mes (abib) y mantenido hasta el día 14, cuando debería ser sacrificado al atardecer (Éxo. 12:1-6).

Luego de la muerte del cordero, su sangre debía ser pintada en los dinteles y marcos de las puertas de las casas, y la carne del cordero debía ser asada en el fuego y consumida a la noche, con panes sin levadura (o panes ácimos) y hierbas amargas.

A la media noche, ya el día 15 de abib, una calamidad recayó sobre Egipto. Murieron todos los primogénitos en las casas que no tenían sangre en sus puertas. La mortandad se extendió hasta los primogénitos del ganado y de los animales domésticos en toda la tierra de Egipto (Éxo. 12:29, 30).

Fue así como Dios manifestó su poder, hasta que finalmente faraón permitió que el pueblo de Israel fuese liberado de su cautiverio. Liderados por Moisés, ellos iniciaron su marcha hacia la Tierra Prometida. Sin embargo, faraón y su ejército enfurecido los persiguió. Cuando llegaron al Mar Rojo, se vieron acorralados. Fue entonces que una vez más el poder de Dios se manifestó. El mar se abrió para que ellos pasaran y después se cerró, destruyendo todo el ejército de faraón. Con mano poderosa, Dios liberó a su pueblo. En celebración de la liberación del cautiverio de Egipto, la fiesta de la Pascua ha sido celebrada hace milenios por los judíos, hasta hoy.

Pregunta de transición: además de celebrar la liberación del cautiverio de Egipto, ¿qué más simbolizaba la fiesta de la Pascua?

2. EL CUMPLIMIENTO DE LA PASCUA

La simbología de la Pascua puede ser interpretada de dos maneras objetivas: primero, con la liberación del pueblo de Israel del cautiverio de Egipto; después de siglos de opresión (Éxo. 12:37-51). Segundo y más importante: la Pascua señalaba a la liberación del cautiverio del pecado por medio de Jesucristo, el verdadero Cordero pascual (1 Cor. 5:7).

El cordero ofrecido en la Pascua tenía algunas características distintivas: tenía que ser macho, sin mácula ni defecto, y tenía que morir en la flor de la edad. Pero más que eso, representaba la pureza espiritual de Jesús, quien vendría al mundo puro y jamás cometería pecado (Isa. 53:9; 1 Ped.2:22). Nadie podía señalar ningún pecado en él (Juan 8:46-48).

El cordero pascual no podría, bajo ninguna circunstancia, tener un solo hueso quebrado, pues Jesús, a quien representaba, sería muerto sin que ninguno de sus huesos fuera quebrado, lo que era un indicativo más de su perfección (Juan 19:32-36). El cordero debía ser asado entero, lo que significaba que Cristo sería completamente molido por nuestras iniquidades (Isa. 53:5).

Como ya fue dicho, la relación tipológica de la Pascua no se verificaba solo en cuanto al evento en sí, sino también en cuanto al tiempo. Los eventos tipificados o simbolizados por la fiesta debían ocurrir en el mismo día y mes en que esta era celebrada. Ya como parte de la celebración de la Pascua, el cordero debía ser separado el décimo día del primer mes, el mes de abib (Éxo. 12:3). Cristo cumplió todas las profecías mesiánicas y todas las fiestas que señalaban hacia él. El profeta Zacarías había escrito: "¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu rey vendrá a ti, justo y salvador, pero humilde, cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna" (Zac. 9:9). Jesús ordenó a dos de sus discípulos que tomasen un pollino prestado y, montando en él, entró en la ciudad de Jerusalén. Elena G. White escribió: "Fue en el primer día de la semana cuando Cristo hizo su entrada triunfal en Jerusalén" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 523). Las multitudes clamaban ¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas!" (Mat. 21:9).

Toda la ciudad estaba lista para coronarlo rey; pero, Jesús no aceptó y salió de la escena. Elena de White explica: "Mientras el pueblo estaba reunido en Jerusalén para celebrar la Pascua, él, el verdadero Cordero de Dios representado por los sacrificios simbólicos, se puso aparte como una oblación" (El Deseado de todas las gentes, p. 525). ¿Y por qué lo hizo? Porque aquel domingo era el día 10 de abib, cuando el cordero pascual debía ser separado.

El jueves, 14 de abib, víspera de su muerte, Jesús pidió a sus discípulos que prepararan la Pascua (Luc. 22:8). En una sala del piso superior de una casa, después de haber participado de la cena pascual, Jesús comenzó a enseñarles cómo debían recordar su sacrificio por medio de la Cena del Señor a partir de entonces (Juan 13:1). Así como la Pascua era un recordatorio de la liberación de Egipto, hoy la Cena del Señor es un constante recordatorio de la muerte redentora del Cordero de Dios en el Calvario para liberarnos del cautiverio del pecado (1 Cor. 11:26).

El viernes, 15 de abib del año 31, Jesús murió en la cruz. En la hora en que el sacrificio vespertino sería presentado en el santuario, el verdadero sacrificio estaba siendo ofrecido en la cruz. En ese exacto momento, el velo del santuario se rasgó de arriba a abajo, indicando que todos los sacrificios ya no eran necesarios, pues el Cordero de Dios había sido inmolado (Mat. 27:50-51).

Pregunta de transición: Cristo ¿murió como un criminal? ¿Cuál es la relación entre los sacrificios de corderos y la condenación de los criminales?

3. EL CORDERO PASCUAL Y EL MALDITO DE DIOS

En Israel, los peores criminales eran condenados a morir colgados en un madero, como advertencia a la sociedad. Quien sufría esta muerte era considerado el peor tipo de persona, el más malvado criminal. El propio Dios había instruido a Moisés: "porque maldito por Dios es el colgado" (Deut. 21:23). Es curioso notar que pocos versículos antes, en el texto de Deuteronomio, el último crimen digno de muerte que es mencionado es el de un hijo rebelde y desobediente. Este debía ser apedreado y muerto. Trágicamente, Cristo, el divino Hijo de Dios, a pesar de que solo había hecho el bien en su vida, a pesar de haber sido perfecto y "obediente", fue considerado como uno de los peores criminales y destinado a "la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:8), un maldito de Dios.

Pablo aplica el texto de Moisés a Jesús, al afirmar que "Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros" (Gál. 3:13). Vea que Jesús no fue el precio para pagar la maldición, sino la *maldición misma*. ¿Por qué? Porque él cargó sobre sí todos los pecados de la humanidad de toda la historia. Todas las mentiras, todos los asesinatos, robos, torturas, traiciones, abusos y crueldades inimaginables fueron transferidos a Cristo, que los asumió en la cruz, como si él los hubiera cometido. El Inocente, entonces, fue considerado culpable de todos esos pecados y se volvió un reo divino, digno de la muerte más terrible. En este punto, el Padre se separó de él, y su relación con Dios no fue más percibida. En su desesperación, Cristo clamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mat. 27:46).

En la cruz, Jesús sufrió la muerte eterna, una muerte que estaba decretada sobre usted y sobre mí. Sabemos que Jesús venció en la cruz y resucitó. Tal vez, eso parezca disminuir de alguna forma el infinito peso que él cargó. Quien no sabe transmite la impresión de que fue fácil para él, que era Dios. Sin embargo, no podemos olvidarnos que él también era un ser humano como nosotros. Él sufrió como ninguno sufrió ni nadie sufrirá jamás. Por favor, reflexione en las siguientes palabras:

"La culpabilidad de cada descendiente de Adán abrumó su corazón. La ira de Dios contra el pecado, la terrible manifestación de su desagrado por causa de la iniquidad, llenó de consternación el alma de su Hijo. Toda su vida, Cristo había estado proclamando a un mundo caído las buenas nuevas de la misericordia y el amor perdonador del Padre. Su tema era la salvación aun del principal de los pecadores. Pero en estos momentos, sintiendo el terrible peso de la culpabilidad que lleva, no puede ver el rostro reconciliador del Padre. Al sentir el Salvador que de él se retraía el semblante divino en esta hora de suprema angustia, atravesó su corazón un pesar que nunca podrá comprender plenamente el hombre. Tan grande fue esa agonía que apenas le dejaba sentir el dolor físico" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 701).

El profeta Isaías había declarado 700 años antes de la primera venida de Jesús: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡pero nosotros lo tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios! Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados" (Isa. 53:4, 5). Siete siglos antes de Cristo, un profeta de Dios describió de manera clara el sufrimiento vicario o sustituto del Mesías. Sería un sufrimiento altruista, no por sí mismo, sino por los otros, por mí y por usted.

Es imposible valorar completamente todo lo que Jesús hizo por nosotros en la cruz. Gracias a su muerte en nuestro lugar, tenemos derecho a la vida eterna. Por su sacrificio somos salvos de la condenación de la muerte y tenemos esperanza de vida eterna. ¡Alabado sea su nombre!

CONCLUSIÓN

Así como la sangre del cordero pascual debía ser pasada por los dinteles de las puertas para librar a los primogénitos de la muerte, hoy la preciosa sangre de Cristo debe ser pasada sobre su corazón para que usted esté libre de la muerte eterna.

LLAMADO

El sacrificio ya fue realizado. Su salvación es ofrecida por aquel que dio su vida por usted. Para usted es gratuita, pero a él le costó muy caro. Hoy, Cristo lo invita a aceptar su preciosa sangre para purificar sus pecados y transformar su vida. No lo deje para mañana. Tome ahora su decisión, mientras hay tiempo. Permita que Cristo reine en su corazón y en su vida.

MARTES

CRISTO, NUESTRA GARANTÍA

SALUDO

TEXTO CLAVE: Éxodo 25:8

"Me erigirán un santuario, y habitaré en medio de ellos".

INTRODUCCIÓN

Desde la caída de nuestros primeros padres, la redención humana dependía de la venida del Mesías libertador. Ya en el Edén, un animal inocente tuvo que dar su sangre y su piel para cubrir la desnudez de la pareja. Así, el ser humano debería siempre recordar que el Hijo de Dios tendría que dar su vida para expiar su transgresión y que únicamente la justicia de Cristo sería suficiente para cubrirlo.

Para mantener el plan de salvación vivo en la memoria de los seres humanos, Dios ordenó a Moisés que construyera un santuario en el desierto (Éxo. 25:8). El santuario y sus servicios ilustran tres fases del ministerio de Cristo en favor de la salvación del ser humano: (1) Su sacrificio sustitutivo; (2) su mediación sacerdotal; y (3) el juicio final. A partir de hoy, en los siguientes días, vamos a analizar estas tres fases. Hoy vamos a aprender sobre la primera, el sacrificio sustitutivo de Cristo, tipificado por todos los animales que morían diariamente en el patio del santuario.

Pregunta de transición: ¿Cómo era el santuario que Dios mandó a construir? ¿Cuál fue el modelo usado por Moisés?

1. EL SANTUARIO TERRENAL

Por medio de la construcción de altares y del sacrificio de animales, tanto Adán como los patriarcas posteriores ejercían fe en el Mesías que estaba por venir. Todos esperaban al "Descendiente de la mujer" (Gén. 3:15) que aplastaría la cabeza de la serpiente.

Después de liberar a su pueblo de Egipto, Dios dio a Moisés una visión del santuario celestial y le ordenó la construcción de un santuario que fuese una copia del modelo que le fue mostrado en el monte (Éxo. 25:8, 9, 40). El tabernáculo fue construido de tal manera que podía ser completamente desmontado y cargado por los israelitas en todos sus viajes por el desierto. La tienda sagrada estaba en un espacio abierto llamado patio, el cual estaba rodeado de cortinas de lino fino, sostenidas por columnas de cobre. El edificio estaba dividido en dos compartimentos, llamados *santo y santísimo*. Separados solo por una linda cortina, o velo, sostenida por columnas revestidas de oro.

En el primer compartimento, el lugar santo, estaba la mesa de los panes, el candelabro con siete lámparas y el altar del incienso. Más allá del velo interior estaba el lugar santísimo, y en ese compartimento estaba el arca de la alianza. Esta era ser el receptáculo de las tablas de piedra sobre las cuales el propio Dios había escrito los Diez Mandamientos con su dedo. Lo que cubría la caja sagrada se llamaba propiciatorio. Este estaba hecho de una pieza entera de oro, y sobre este había dos querubines, también de oro, uno de cada lado. Encima del propiciatorio aparecía la *shekinah*, o manifestación de la presencia divina.

Pregunta de transición: ¿Cómo funcionaba la salvación para aquellos que vivieron antes de la primera venida de Jesús? ¿Cuál era la garantía de que eran perdonados?

2. LOS SACRIFICIOS EN EL SANTUARIO

Para que el perdón pudiese ser alcanzado, los israelitas deberían llevar una ofrenda hasta el santuario, donde, en presencia del sacerdote, el animal debía ser sacrificado. Para cada tipo de pecado, había un animal designado por la ley. Además de los animales llevados por los que ofrendaban, el santuario mismo proporcionaba cada día dos corderos para el holocausto (Éxo. 29:38, 39). Estos eran ofrecidos uno por la mañana y otro por la tarde. Este sacrificio continuo, como era llamado, servía para beneficiar a los pobres que no tenían animales para llevar al santuario y ofrendar por sus pecados. También servía para los israelitas que estuvieran lejos o de camino hacia el santuario. El sacrificio continuo era una señal de la continua gracia y del perdón divino en favor de los que creen en él. Este sacrificio, así como los demás, en realidad, no realizaba la expiación (sustitución de los pecados). Todos los sacrificios solo tendrían efecto si Jesús diera su vida en la cruz, "porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados" (Heb. 10:4). Jesús era la garantía de salvación para los antiguos ofertantes de animales, así como él es nuestra garantía hoy.

Al altar del holocausto

Todo en el santuario, incluso los muebles, señalaban a Jesús y su ministerio en favor del ser humano. En el patio se encontraba el altar de cobre para las ofrendas quemadas u holocaustos. Sobre ese altar todos los sacrificios eran consumidos, y en sus puntas se aspergía la sangre de los animales sacrificados.

El altar del holocausto era un símbolo del Calvario, donde Jesús daría su vida en favor de la humanidad (Mat. 27:50, 51; Heb. 10:10-12). Los sacrificios que ocurrían en el patio eran repetitivos; día tras día, mes tras mes, año tras año. En contraste, el antitipo, el verdadero sacrificio expiatorio, la muerte de Jesús en el Calvario, ocurrió una vez para siempre (Heb. 9:26-28; 10:10-14). Por eso, Juan el Bautista declaró, refiriéndose a Jesús: "¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Juan 1:29). Él es el verdadero Cordero de Dios, y solamente por medio de su sangre podemos tener la vida eterna. Su sangre fue derramada una vez para siempre (Heb. 10:10, 12).

Pregunta de transición: ¿Cuándo cumplió Jesús el papel de ofrenda por nuestros pecados y garantizó nuestra salvación?

3. EL SACRIFICIO DE JESÚS

Dios nos asegura en su Palabra que ciertamente no hará cosa alguna sin antes revelar sus secretos a sus siervos, los profetas (Am. 3:7). Al establecer el plan de salvación, un día fue establecido para que Cristo muriera en lugar del pecador. Esta fecha fue revelada por medio de una profecía registrada en el libro de Daniel.

La profecía de las 70 semanas (Dan. 9:24-27)

Esta profecía de tiempo es parte de la explicación de la profecía de las 2.300 tardes y mañanas, o años, dada en el capítulo 8. Esta había quedado sin explicación, y el profeta Daniel se había entristecido y estaba preocupado. Entonces, comenzó a orar y a confesar los pecados de Israel, incluyéndose entre ellos, pues le pareció que Dios los estaba rechazando y que el cautiverio duraría para siempre. Entonces, mientras Daniel oraba, Dios envió un ángel para consolarlo y hacer que entendiera el sentido de la profecía (Dan. 9:20-22).

Para comenzar, en Daniel 9 se explica que el primer periodo de la profecía del capítulo 8 estaría compuesto por 70 semanas de años, las cuales serían cortadas o extraídas del periodo profético mayor de 2.300 años. "Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, poner fin al pecado y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, sellar la visión y la profecía y ungir al Santo de los santos" (Dan. 9:24). Como respuesta a la oración de Daniel por el perdón

de los pecados de su pueblo, Dios le mostró que esos pecados serían perdonados mediante la venida y el sacrificio del Ungido, del Mesías, y que eso ocurriría dentro de las "setenta semanas". Lógicamente, como ya fue mencionado, no se trataba de semanas literales.

Para entender mejor esta profecía de tiempo, es necesario descubrir por qué se extiende por casi cinco siglos y cuál es su año de inicio. Si aplicamos el principio profético de que un día profético equivale a un año literal (Núm. 14:34; Eze. 4:6, 7), entonces tenemos un periodo de 490 años literales (70 semanas de años x 7 = 490 años). Pero, ¿cuándo se iniciaría este periodo? En Daniel 9:25 tenemos la respuesta: "Sabe, pues, y entiende que, desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas". El punto de partida para el periodo profético de las 70 semanas es la orden para "restaurar y edificar" la ciudad de Jerusalén.

De acuerdo con el libro de Esdras, hubo tres decretos alusivos a la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén. Un decreto de Ciro (Esd. 1), otro, de Darío (Esd. 6), y el último, de Artajerjes (Esd. 7). Como esos decretos eran acumulativos (ver Esd. 6:14), se debe tener en cuenta la fecha del tercer decreto, el de Artajerjes, que entró en vigencia en el año 457 a.C., cuando de hecho, los muros fueron reconstruidos. O sea, cuando pasaran siete semanas (49 años), más 62 semanas (434 años), o sea, 69 semanas en total (483 años), el Ungido, el Mesías, se presentaría al mundo. La expresión "Ungido", en la profecía, se refiere al bautismo de Jesús, el momento en el que él fue ungido por el Espíritu Santo (Mat. 3:16) e inició su ministerio público. En ese día, él fue llamado "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29), pues él había venido para "poner fin al pecado" como indicaba la profecía de Daniel (Dan. 9:24). Así, si abarcamos 483 años a partir del año 457 a.C., llegaremos al año 27 d.C., o sea, al año del bautismo de Jesús.

Entonces el ángel informó a Daniel: "Por otra semana más confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda" (Dan. 9:27). Jesús fue bautizado en el año 27 d.C. y "por otra semana confirmó el pacto con muchos", o sea, otros siete años, lo que nos lleva al año 34 d.C. Ese pacto fue realizado con muchos judíos, pero el Sanedrín, el cuerpo gobernante de la nación judía, rechazó a Jesús, así como muchos del pueblo en Jerusalén y en Judea también. Esta situación demarcó una transición en el avance de la predicación de Cristo y de los apóstoles, hasta ese momento restringido al pueblo judío.

De acuerdo con la profecía de las 70 semanas, o 490 años, el fin del estatus de Israel, en un plan nacional como agencia evangelizadora, fue marcado con el apedreamiento de Esteban (Hech. 7:54-58). Eso ocurrió en el año 34 de la era cristiana. Debemos recordar, sin embargo, que, según Pablo, Dios no rechazó al pueblo judío (Rom. 11:1); Pablo mismo, siendo un israelita, era uno de los mayores predicadores del evangelio. Todos los otros apóstoles

eran judíos. De hecho, había un remanente israelita que había aceptado al Mesías (Rom. 11:3, 4). Muchos sacerdotes "obedecían a la fe" (Hech. 6:7). El punto principal en Daniel 9:24-27 es el tiempo en que el Mesías vendría y daría su vida por las transgresiones del pueblo de Israel, así como por las de todo el mundo. Esta fue la respuesta divina a la oración de confesión e intercesión de Daniel.

El Mesías haría "cesar el sacrificio y la ofrenda" en la mitad de la última semana (Dan. 9:27). Entonces, se concluye que Jesús habría muerto en el año 31 d.C. ¿Cómo hizo cesar Cristo los sacrificios del templo? Dando su vida en la cruz. Eso ocurre exactamente en el año 31 d.C., tres años y medio después de su bautismo, alrededor de los 33 años de edad.

El fin del sistema sacrificial

Por medio de la profecía de las 70 semanas, sabemos el *año* de la muerte de Jesús: 31 d.C. Sabemos el *mes*: el mes de la Pascua, abib o nisan. Sabemos el *día*, un viernes, día 15, pues el jueves los discípulos prepararon la Pascua, participando del cordero pascual. Sabemos también la *hora*, pues Jesús fue crucificado a las 9 horas de la mañana; al medio día hubo tinieblas sobre la tierra, que duraron hasta las 15 horas, hora de su muerte (Mar. 15:25, 33-38).

En el exacto momento de la muerte de Jesús, "Entonces el velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo" (Mar. 15:38). Así, todo el ceremonial establecido para representar el carácter mediador de la obra de Cristo y su muerte para redimir al mundo se cumplió. Ya no habría necesidad de sacrificar animales, porque el acontecimiento al cual señalaban ya se había consumado. Cuando Jesús exclamó en la cruz "consumado es" (Juan 19:32), todos los rituales que representaban simbólicamente este sacrificio dejaron de ser necesarios.

CONCLUSIÓN

En la cruz, la penalidad por el pecado humano fue plenamente cumplida. La justicia divina fue satisfecha. Bajo la perspectiva legal, el mundo fue restaurado al favor divino. La expiación o reconciliación fue completada en la cruz, conforme al tiempo previsto por la profecía. Cristo se sacrificó una vez para siempre, y el pecador que se arrepiente puede confiar plenamente en el amoroso Salvador.

LLAMADO

Los planes de Dios siempre se cumplen, pero, para que estos se realicen en su vida, usted debe permitirlo. Él puede salvar a todos a su alrededor, pero, si usted no quiere, no será salvo. Seguirá perdido, aunque haya oportunidad de salvación. ¿Cuál es su decisión hoy? Entregue su vida al Señor mientras hay tiempo, confiese sus pecados y él le dará salvación y vida eterna.

MIÉRCOLES

CRISTO, NUESTRA ESPERANZA

SALUDO

TEXTO CLAVE: 1 Corintios 15:20

"Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que murieron es hecho".

INTRODUCCIÓN

Las fiestas son ocasiones de alegría. Son oportunidades de expresar felicidad y gratitud, uniendo a la familia y personas queridas. El pueblo de Israel celebraba varias fiestas a lo largo del año. Estas fiestas conmemoraban eventos importantes de la historia de la nación, que revelaban como Dios los había liberado de la esclavitud en Egipto y conducido a una tierra que les daría sustento y comodidad. Por otro lado, las fiestas también eran prefigurativas o tipológicas, ya que señalaban a eventos futuros del plan de redención. Todas las fiestas tenían alguna relación con el Salvador.

Las fiestas estaban relacionadas al ciclo agrícola de Israel, marcado por las cosechas, y ocurrían en dos estaciones del año. Las fiestas de la *primavera* (Pascua, Panes Ácimos, Primicias y Pentecostés, o fiesta de las Semanas) tenían lugar al inicio del año y terminaban al inicio de la cosecha del trigo. Estas fiestas señalaban a los eventos relativos a la primera venida de Cristo. Las fiestas de *otoño* (Trompetas, Expiación y Tabernáculos) tenían lugar después de la cosecha y señalaban a los eventos relativos a la segunda venida de Jesús. Hoy aprenderemos un poco más sobre la fiesta delas Primicias y lo que esta nos enseña sobre Cristo y nuestra salvación.

Pregunta de transición: ¿Cómo se celebraba la fiesta de las Primicias en Israel en los tiempos bíblicos? ¿Qué significaba para ese pueblo?

1. LA FIESTA DE LAS PRIMICIAS

Dios orientó a Moisés: "Habló Jehová a Moisés y le dijo: «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla como primicia de los primeros frutos de vuestra siega. El sacerdote mecerá la gavilla delante de Jehová, para que seáis aceptados. El día siguiente al sábado la mecerá. Y el día que ofrezcáis la gavilla, sacrificaréis un cordero de un año, sin defecto, en holocausto a Jehová" (Lev. 23:9-12).

La Fiesta de las Primicias tenía lugar al inicio del año del calendario religioso de Israel, dentro de las festividades de la Pascua. La Pascua era celebrada el día 14 del primer mes, y era seguida por la Fiesta de los Panes Ácimos, que ocurría al día siguiente, el 15 de abib. Ahora, la Fiesta de las Primicias era celebrada al día siguiente, el día 16. No era una santa convocación ni una gran fiesta como las otras, sino que tenía que ver con realizar un rito lleno de significado.

Así como todas las otras fiestas, el objetivo era hacer que Israel entendiera, por medio de los rituales y sacrificios, que Dios les había concedido la tierra y las cosechas. El ritual básicamente involucraba la presentación de una gavilla, o sea, un manojo de plantas cosechadas ante Dios. "La cebada era el primer cereal que se cosechaba en Palestina, y al principio de la fiesta empezaba a madurar. El sacerdote agitaba una gavilla de este cereal ante el altar de Dios en reconocimiento de que todo era suyo. No se había de recoger la cosecha antes que se cumpliera este rito" (Elena G. White, *Patriarcas y profetas*, p. 581). La gavilla debía ser presentada para que el pueblo fuera aceptado (Lev. 23:11).

Según la tradición judía, se requería de los israelitas un ritual de preparación para la Fiesta de las Primicias. Una parte del campo era delimitada el día 14 para ser dedicada para la fiesta. Naturalmente, era la parte con las plantas más saludables y cargadas de buenos frutos. Tres hombres seleccionados cortaban la cebada en presencia de testigos. Después que se cortaban, las gavillas eran amarradas en una gavilla más grande, y entonces se presentaba ante el Señor (Comentario Bíblico Adventista, v. 1, p. 818). La fiesta era celebrada para agradecer a Dios por los frutos de la tierra; o sea, todo lo que fuese recogido primero era presentado al Señor como una forma de gratitud por la provisión de alimento.

Sin embargo, la ceremonia de ofrenda de la gavilla mecida también señalaba a otras cosechas. A partir de ella, se debían contar siete semanas, cuando la cosecha del trigo, el cereal más importante, comenzaba. Esta era la Fiesta de las Semanas (Pentecostés, en el Nuevo Testamento), pues tenía lugar 50 días después de la Fiesta de las Primicias.

Pregunta de transición: Ya que las fiestas también eran prefigurativas o tipológicas, ¿a qué evento futuro señalaba la Fiesta de las Primicias?

2. CRISTO, NUESTRA PRIMICIA

En 1 Corintios 15:20, el apóstol Pablo afirma que Jesús representa las "primicias de los que murieron", en una clara referencia a la Fiesta de las Primicias. Jesús es la primera "gavilla" del plan de redención. Su resurrección luego de su muerte en la cruz y presentación ante el Padre poco después fue el cumplimiento exacto del ritual antiguo de la presentación de la gavilla de la cosecha. Después de su resurrección, Jesús se presentó ante el Padre y tuvo la confirmación de que su sacrificio fue aceptado (Juan 20:17).

Así como los primeros granos de cereal eran la señal de sustento y vida para un año más, Jesús, como el "pan vivo que descendió del cielo" (Juan 6:51), era la certeza de que habría vida no solo para un año más, sino para toda la eternidad. No solamente vida abundante, verdadera felicidad y paz en el presente ¡sino la victoria eterna sobre la muerte!

Con su resurrección, Jesús garantizó una gran cosecha de salvos resucitados, de aquellos que dormían en la sepultura esperando la redención final. Cristo fue las primicias, la señal de garantía de parte de Dios mismo de que la resurrección de los salvos está asegurada.

Así como en la visión de José, las gavillas recogidas representaban personas de su familia (Gén 37:7, 8), el ritual de la gavilla mecida representaba a la persona de Cristo. El cereal también tiene aplicaciones interesantes. La cebada era el cereal que enfrentaba las peores condiciones climáticas para madurar poco después del invierno a principios de la primavera. Era el alimento más barato y el principal en la dieta de los pobres. De la misma forma, Jesús vino a este mundo como un niño pobre, vivió como siervo pobre y, desde su nacimiento, enfrentó las mayores dificultades para salvarnos. Tuvo que enfrentar terribles luchas y adversidades. Por eso, el apóstol insta: "Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar" (Heb. 12:3). Piense un poco en lo que Jesús tuvo que enfrentar para salvarlo de la muerte eterna.

Así como la flor de harina era amasada y presentada delante del Señor en la Fiesta de las Primicias, él fue "molido por nuestros pecados" (Isa. 53:5). Así como la ofrenda debía ser agradable al Señor, la ofrenda de Jesús como Cordero de Dios también agradó al Padre y fue suficiente para nuestra redención (Isa. 53:10).

Como Primicia, él fue presentado primero, a fin de que fuéramos aceptados (Lev. 23:11). Por medio de Cristo, somos aceptados delante de Dios, tenemos acceso a él. Antes, éramos pecadores en rebelión, ahora somos reconci-

liados por una cruz puesta entre el cielo y la tierra (Rom. 5:1-11). Ya éramos amados cuando éramos enemigos de Dios. Ahora, en Cristo, somos más que aceptados y abrazados en el reino del Padre, así como el hijo o la hija que se había alejado y vuelve a casa. Por lo tanto, si Jesús fue aceptado, nosotros también lo somos. Dios lo acepta.

El cronómetro divino es perfecto. En el año en el que Cristo dio su vida por nosotros, su resurrección ocurre exactamente en el día de la ofrenda de la gavilla mecida, en la Fiesta de las Primicias (Mat. 28:1,6). Los planes de Dios son perfectos. El siempre actúa en el momento correcto. De esa forma actuó a lo largo de la historia sagrada y así él actúa en nuestra vida. Si usted está escuchando este mensaje hoy, es porque esta es la hora, éste es el momento en el que usted debe oír, porque usted también necesita de Dios. Sin él, usted no tiene esperanza de un futuro mejor. Solamente en él usted encontrará el perdón y la transformación que tanto necesita para vivir.

Los que creen en Jesús y ponen su fe enteramente en él, no se desesperan ante la muerte, pues saben que Cristo fue las primicias. La muerte de Cristo fue algo tan poderoso que, en el exacto momento en que él dio su último suspiro en la cruz, hubo personas que resucitaron en Jerusalén: "la tierra tembló, las rocas se partieron, los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron" (Mat. 27:51,52). Aquellos resucitados fueron trofeos de victoria de Jesús sobre la muerte y eran solo una muestra, las primicias, de la gran cosecha de salvos que vendrá. En Apocalipsis, la segunda venida de Jesús está representada como una vasta cosecha en todo el planeta. Él es descripto, simbólicamente, con una hoz en su mano para con ella cosechar a la humanidad, trayendo salvación y juicio a la Tierra (Apoc. 14:14-16).

Pregunta de transición: ¿Cómo la resurrección de Jesús se relaciona con la resurrección de todos los salvos?

3. ESPERANZA DE VIDA ETERNA

Al resucitar, Jesús obtuvo una victoria definitiva sobre Satanás y la muerte. No debemos tener miedo, pues aquel que nos ama y dio su vida por nosotros tiene las llaves de la muerte y el sepulcro (Apoc. 1:18). De su resurrección depende la de todos los hijos de Dios. Conforme argumenta el apóstol Pablo, si él no hubiera resucitado, nuestra fe y predicación serían vanas, sin provecho alguno (1 Cor. 15:13, 14). Felizmente, no es así. Cristo resucitó, vive reina y vendrá a buscarnos. "Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida" (1 Cor. 15:23). Todos los salvos miran con esperanza, como Marta, hacia la resurrección en el día final (Juan 11:24). Pablo tenía esa esperanza y estaba seguro de que recibiría la corona de la vida en ocasión del regreso de Jesús (2 Tim. 4:8).

Gracias a la resurrección de Cristo, podemos tener esperanza de reencontrarnos con seres queridos que perdimos y de recibir finalmente la vida eterna. Él es nuestra esperanza. Jesús mismo prometió: "No os asombréis de esto, porque llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación" (Juan 5:28-29). Todos los salvos serán resucitados por él en el día de su regreso y entonces recibirán la recompensa eterna por la ofrenda de salvación que Cristo hizo en la cruz por nosotros (Apoc. 22:12).

El espíritu festivo de las celebraciones del antiguo Israel representa la alegría que sentimos por la salvación que Dios nos ofrece en Jesús. Tenemos la dulce esperanza, la certeza del perdón y la plena confianza ante el futuro. En Jesús, tenemos la esperanza de vida eterna.

CONCLUSIÓN

Imagine qué maravilloso será el gran reencuentro de los salvos cuando Jesús regrese. Será una ocasión gloriosa, cuando todos serán reunidos en familia y jamás se separarán. Todo eso, gracias al extraordinario amor de Jesús, su muerte y resurrección en nuestro favor. ¡Alabado sea su santo nombre! Él es nuestra primicia.

LLAMADO

Piense por un momento en el sacrificio de Jesús. Piense en cuántas dificultades tuvo que enfrentar para salvarlo. El pecado es mortal y nos separa de Dios. Solamente en Cristo somos aceptados por el Padre. Entregue hoy su vida. Abandone sus pecados. Necesita aceptar a Cristo para ser perdonado por Dios y vivir para siempre en su reino. Jesús lo llama. ¿Cuál es su decisión? Cuando un hijo regresa a los brazos del Padre, ¡hay una gran fiesta!

JUEVES

CRISTO, NUESTRO ABOGADO

SALUDO

TEXTO CLAVE: 1 Juan 2:1

"Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo".

INTRODUCCIÓN

¿Alguna vez cometió una equivocación y se sintió culpable? ¿En algún momento de su vida necesitó que alguien le pusiera la mano sobre su hombro y le dijera que cree en usted? Es maravilloso tener un defensor cuando sabemos que necesitamos ayuda. Además de dar su vida por nosotros, Cristo también actúa como nuestro Abogado ante Dios. Para entenderlo, necesitamos mirar hacia el pasado y analizar cómo los sacerdotes actuaban en el santuario.

El santuario y sus servicios ilustran tres fases del ministerio de Cristo en favor de nuestra salvación: (1) Su sacrificio sustitutivo; (2) su mediación sacerdotal; y (3) el juicio final. Hoy vamos a aprender sobre la segunda fase, sobre la mediación sacerdotal de Jesús según está simbolizada por el ministerio diario del sacerdote en el patio y en el primer compartimento del santuario terrenal.

La verdad principal que era enseñada por el ministerio de los sacerdotes en el santuario terrenal era que el pecador no tenía acceso a Dios, pero que Dios había establecido su tienda entre los pecadores. Para acercarse a Dios y obtener perdón y salvación, el pecador necesitaba de un mediador, el sacerdote. Hoy, de la misma forma, solamente por medio de nuestro Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, podemos tener acceso a Dios.

Para entender este tema, es necesario recordar que el santuario terrenal, construido por Moisés, y el santuario celestial, que sirvió de modelo para el

terrenal (Éxo. 25:9, 40), se relacionan de dos formas: estructural y funcionalmente. La estructura de los dos compartimentos del santuario terrenal señala no solo a un santuario celestial con dos partes (santo y santísimo), sino también al ministerio de Cristo en sus dos fases, que corresponden a los servicios de esos dos lugares (Apoc. 1:12-16; 8:3-5; 11:19). Eso nos revela que Cristo ministraría como los sacerdotes lo hacían en el santuario terrenal.

Pregunta de transición: ¿Cómo funcionaba el ministerio del lugar santo en el santuario terrenal? ¿Cuál es la importancia de este ministerio para la salvación de las personas de la época?

1. EL MINISTERIO DEL LUGAR SANTO

El ritual diario del sacerdote en el santuario terrenal incluía los siguientes servicios: (a) ofrendar un cordero sobre el altar del holocausto de mañana y otro por la tarde, con las debidas ofrendas y libaciones (sacrificio continuo); (b) mantener encendidas, con aceite sagrado, las lámparas del candelabro del lugar santo; (c) ofrendar incienso con todo el servicio que lo acompañaba; (d) reponer los panes de la proposición cada sábado; (e) ofrecer sacrificios individuales, como las ofrendas por el pecado, ofrendas quemadas; y muchos otros deberes, como los sacrificios por la purificación de la lepra, los votos de nazareos, o de proporcionar leña para el altar de los holocaustos, encargarse de las cenizas, vigilar el santuario, etc. El recinto del templo, desde el amanecer hasta que se cerraban las puertas al oscurecer, era un lugar muy agitado para los sacerdotes y levitas.

Como vimos, el pecador no tenía acceso a Dios, y, para obtener perdón y salvación, necesitaba de un sacrificio y de un mediador. Solamente mediante el sacerdote él podría ser representado ante Dios. El acceso a Dios era simbolizado por la presencia de varios muebles en el interior del lugar santo: El altar del incienso, el candelabro y la mesa de los panes de la proposición. Por lo tanto, el servicio diario del sacerdote proporcionaba *expiación* por medio de la sangre derramada; *intercesión* mediante la nube de humo que ascendía del altar del incienso; vida *física y espiritual*, por medio de los panes de la proposición, y *luz* por medio de las siete lámparas del candelabro.

Pregunta de transición: ¿Cuándo inició Jesús su ministerio sacerdotal en nuestro favor?

2. EL SACERDOCIO DE CRISTO

Jesús resucitó el primer día de la semana y, después de haber resucitado, permaneció 40 días con los discípulos (Hech. 1:1-3). Durante ese periodo, se les apareció varias veces. Él deseaba darles pruebas de que había resucitado y también orientaciones claras con respecto a la obra que debían realizar. Sin embargo, llegó el día en que debía ascender definitivamente al cielo y cum-

plir la promesa de enviar al Consolador, al Espíritu Santo (Juan 14:16, 17). Si Cristo no iba al cielo, el Consolador no vendría (Juan 16:17). Después de haber sido exaltado y entronizado, Jesús envió al Espíritu (Hech. 2:32, 33), lo que nos hace pensar en la antigua Fiesta de las Semanas, o Fiesta de Pentecostés.

La Fiesta de Pentecostés (o Fiesta de las Semanas)

La última fiesta de la primavera que se celebraba en Israel era la Fiesta de las Semanas o Fiesta del Pentecostés (Deut. 16:9, 10). Como vimos, la cosecha de los cereales comenzaba con la cosecha de la cebada, en la Fiesta de las Primicias, y terminaba cuando los campos de trigo eran cosechados, en la Fiesta de Pentecostés. Esta fiesta se llamaba así porque tenía lugar 50 días después de la presentación de la gavilla con los primeros frutos en la Fiesta de las Primicias (Lev. 23:15, 16).

El cumplimiento de la Fiesta del Pentecostés consistió en la gran cosecha espiritual proporcionada por el Espíritu Santo en el día en el que la fiesta era realizada, exactamente 50 días después de la resurrección de Cristo. Los tres mil que fueron bautizados ese día pueden ser considerados los primeros frutos de la obra del evangelio, pues la Fiesta del Pentecostés también era llamada la Fiesta de la Cosecha (Éxo. 23:16).

Sin embargo, la Fiesta de Pentecostés tiene otro significado aún más bello. Representa el momento de la entronización de Cristo como sacerdote en el santuario celestial. En Juan 7:39 leemos: "Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado". Eso significa que la venida del Espíritu Santo en el Pentecostés fue una evidencia de la glorificación de Cristo en el santuario celestial, cuando él dio inicio a su obra sacerdotal en el santuario.

Pedro, en su discurso en el día del Pentecostés, usa dos pasajes de las Escrituras para explicar el evento. En primer lugar, cita el libro de Joel, y después, el Salmo 110, que es un cuadro de la entronización de Cristo. Cuando los apóstoles recibieron el Espíritu Santo, ese fue ciertamente el momento en el que Cristo estaba siendo ungido para comenzar su función sacerdotal en el santuario del cielo (ver Hech. 2:14, 15). El libro de Hebreos también nos revela que, después de su resurrección, Jesús ascendió al cielo y fue para el santuario (Heb. 8:1, 2).

Pregunta de transición: ¿Por qué el ministerio sacerdotal de Cristo es esencial para nuestra salvación?

3. ABOGADO JUNTO AL PADRE

En la cruz, Jesús hizo una expiación completa en favor de los pecadores. Su sacrificio nos garantiza el derecho a la vida eterna. Sin embargo, es mediante su ministerio sacerdotal en el santuario celestial que ese sacrificio

expiatorio es aplicado a todos los que creen en él. Es al Cristo vivo a quien nos dirigimos hoy, no al Cristo muerto. Es al Cristo resucitado que vive e intercede por nosotros ante el Padre, no a la imagen congelada de un Jesús delgado y expuesto en una cruz. La cruz no es un evento presente, sino pasado. Hoy, recibimos la salvación del Cristo vivo, de nuestro Sumo Sacerdote. Sus manos están marcadas por los clavos, pero ya no están sangrando. Las cicatrices de las palmas de sus manos se levantan ante el Padre para mostrar el precio de nuestra redención y cubrir nuestros pecados ante las santísimas exigencias de Dios. De acuerdo con lo que ocurría en los servicios de los sacerdotes en Israel, Jesús ministra ahora en nuestro favor y aplica los méritos de su sacrificio, concediéndonos perdón y vida eterna.

Un Mediador entre Dios y los seres humanos (1 Tim. 2:5, 6)

Pablo enseña que Cristo es el Mediador entre Dios y los seres humanos, pues él es plenamente Dios y plenamente hombre. Él es el puente que nos reconcilió con el Padre (2 Cor. 5:18), el único que tuvo una vida sin pecado, murió por la raza humana y, después, venció la muerte por medio de su propia resurrección. Él posee autoridad y las credenciales necesarias para representarnos e interceder ante Dios. En oposición a los sacrificios de animales, el sacrificio de Jesús fue perfectamente realizado "una vez para siempre" (Heb. 7:27).

Una obra especial (1 Juan 2:1)

¿Cómo él intercede por nosotros? En el santuario antiguo, después del sacrificio del animal, el sacerdote debía llevar la sangre al interior del santuario en un recipiente. La sangre era llevada hasta un altar de oro y una cortina que separaba el lugar santo del santísimo. El sacerdote mojaba su dedo en la sangre que había en el recipiente, lo pasaba en las puntas del altar del incienso y aspergía la cortina con gotas de sangre. Detrás de la cortina, la presencia de Dios se revelaba por medio de la *shekinah*, una luz sobre el arca del pacto, la cual estaba cerrada con una tapa (o propiciatorio) con dos ángeles esculpidos; y dentro del arca estaba la ley de Dios.

Es decir, la sangre se aspergía sobre la tapa del arca, ante la presencia de Dios, para pagar el precio de la penalidad que el pecador debía sufrir. En lugar de presentar la sangre del pecador, se llevaba la sangre de una víctima que había muerto en lugar de este. La sangre era el precio que la ley de Dios exigía del pecador. La ley de Dios es una expresión de su carácter justo y amoroso, y ésta demandaba la muerte del transgresor. Por medio del sacrificio, de la mediación del sacerdote y de la presentación de la sangre dentro del santuario, así como por medio de los otros servicios, el Dios santo podía perdonarle la vida al pecador.

La mediación del sacerdote y todo el servicio del santuario era el único medio por el que los pecadores tenían acceso a Dios y al perdón que él ofre-

ce. De la misma forma, después de aceptar el sacrificio en la cruz, debemos ir por la fe al santuario celestial, donde Jesús presenta su sangre en nuestro favor. Así, nuestras oraciones se dirigen a un lugar específico. ¡Esta es una noticia fantástica! Tenemos un santuario, por más que este no podamos verlo. El precio fue pagado en la cruz, y ese precio es presentado ininterrumpidamente en el santuario celestial.

La muerte de Cristo fue en favor de todos y puede salvarnos a todos, pero infelizmente, no todos serán salvos. Incluso después de haber aceptado la muerte de Cristo en el Calvario, necesitamos que él, nuestro gran Sacerdote, aplique su sangre en nuestro favor, en el santuario celestial. Esto nos proporciona perdón diario y nos fortalece en el proceso de santificación, sin el cual nadie verá al Señor (Heb. 12:14). Hoy debemos aproximarnos a Cristo con fe, mediante la oración y confesión de pecados para recibir su perdón (1 Juan 1:9). Él es el único capaz de ayudarnos en nuestras debilidades (Heb. 4:14-16; 1 Cor. 10:13), pues experimentó nuestros dolores y tentaciones, pero no pecó. Él es nuestro Abogado junto al Padre. Pongamos nuestros pecados sobre Jesucristo, porque él cuida de nosotros (Mat. 11:28-30; 1 Ped. 5:7).

CONCLUSIÓN

Cristo nos proporciona *expiación* por medio de su sangre derramada (ofrenda); *intercesión*, mediante su ministerio sacerdotal junto al Padre (sacerdocio); *vida física y espiritual*, pues él es el Pan de Vida (panes de la proposición); y luz, pues él es la *Luz* del mundo (candelabro).

LLAMADO

Cristo suple cada una de nuestras necesidades. En él se encuentra nuestra única esperanza de salvación. En él encontramos la seguridad y el amparo que tanto necesitamos. Ponga su fe en Aquel que dio su vida por usted. Consagre su vida a Dios hoy.

VIERNES

CRISTO, NUESTRO JUEZ

SALUDO

TEXTO CHAVE: Hebreus 4:15

"No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado".

INTRODUCCIÓN

¿Alguna vez pasó por alguna evaluación o fue obligado a esperar por algún resultado? ¿Una prueba de la escuela o de la facultad? ¿Una entrevista de trabajo? ¿O el resultado de un examen médico o biopsia? Naturalmente, la espera genera ansiedad y pensamientos de autoevaluación. Tal vez, haya pensado en lo que podría haber hecho mejor o en lo que debería hacer ante los posibles resultados. En los tiempos bíblicos, cada vez que comenzaba el año, el pueblo de Israel hacía un ejercicio de autoanálisis y de reflexión. Esto sucedía en la época del Día de la Expiación, cuando el santuario era purificado. En este periodo, un tipo de juicio tenía lugar, cuando el pueblo era llamado a "afligir el alma" y hacer un profundo autoexamen (Lev. 16:29-31).

De hecho, el santuario y sus servicios ilustran tres fases del ministerio de Cristo en favor de la salvación del ser humano: (1) su sacrificio sustitutivo; (2) su mediación sacerdotal; y (3) el juicio final. Hoy vamos a aprender sobre la tercera fase, el juicio final, realizado por Jesús y tipificado por el Día de la Expiación, el ministerio anual del sumo sacerdote en el segundo compartimento del santuario terrenal, el lugar santísimo.

Durante el año, el santuario era contaminado por los pecados del pueblo que, simbólicamente, eran transferidos al interior del santuario por la sangre de los sacrificios o de la carne de la ofrenda consumida por el sacerdote. Así, el pecado era perdonado; el pecador, considerado limpio, pero la impureza relacionada al servicio del santuario con la manipulación de la sangre quedaba en el santuario. Por eso era necesaria una purificación, a fin de, simbólicamente, limpiarlo de los pecados acumulados durante año.

Pregunta de transición: ¿Cómo se realizaba la purificación del santuario terrenal? ¿Cuándo ocurría?

1. EL JUICIO EN EL SANTUARIO TERRENAL

Como ya vimos en esta semana, el pueblo de Israel celebraba siete fiestas a lo largo del año. La más importante era el Día de la Expiación. Esta fiesta tenía lugar el décimo día del séptimo mes (tisri), que era el primer mes. Esta fecha era la columna principal del sistema sacrificial. La ceremonia del Día de la Expiación tenía el propósito de hacer una triple limpieza: Del sumo sacerdote y su familia (Lev. 16:6, 17), del pueblo de Israel (v.17), y del santuario (v. 16, 20, 33).

La preparación para la expiación comenzaba diez días antes, con la Fiesta de las Trompetas, que daba inicio al año. Eran días de arrepentimiento, destinados a obrar un cambio en el corazón que terminaba en el Día de la Expiación. El sumo sacerdote que hacía la expiación tenía una preparación cuidadosa para este evento: (a) el 3° día del 7° mes, se mudaba a los recintos del templo para pasar una semana en oración y meditación, a fin de apartarse de sus errores significativos, si lo tenía; (b) no dormía el día anterior para evitar que le sobreviniera cualquier tipo de contaminación; (c) se bañaba y se vestía con vestiduras santas; y (d) usaba vestiduras blancas y simples y, sin ostentación, se presentaba ante Dios.

Todo el ritual del Día de la Expiación se realizaba de adentro hacia afuera, comenzando en el lugar santísimo, pasando por el lugar santo y terminando en el patio. Al comenzar el servicio, el sumo sacerdote recibía dos machos cabríos y un carnero, los cuales, junto con su ofrenda personal, un novillo, eran presentados delante del Señor. Antes de matar al novillo, él lanzaba suertes sobre los dos machos cabríos, una suerte para el Señor y otra para Azazel. Entonces, mataba al novillo, y un sacerdote ponía parte de la sangre en un tazón.

Mientras tanto, el sumo sacerdote tomaba las brasas del altar donde se quemaban las ofrendas y las ponía en un incensario. Llenaba sus manos con un incienso suave, y, llevando ambos, entraba en el tabernáculo y pasaba al lugar santísimo. Ponía el incensario en el propiciatorio, el cual era cubierto por una nube para que él no muriera (Lev. 16:13). Concluida esa parte, el sumo sacerdote salía para recibir del sacerdote la sangre del novillo. Esa sangre era llevada al lugar santísimo, para asperjarla con el dedo sobre la tapa del arca del pacto (el propiciatorio), siete veces. Al volver del lugar santísimo, el sumo sacerdote mataba al macho cabrío de la expiación por el pecado. Volvía a entrar en el lugar santísimo, donde asperjaba la sangre del macho cabrío como había hecho con la del novillo, sobre el propiciatorio y delante del mismo. Una vez hecho aquello, volvía al patio, donde bendecía al pueblo y tomaba al macho cabrío para Azazel y lo enviaba al desierto con un hombre. Este hombre abandonaba al macho cabrío en un lugar bien distante, donde el animal moriría.

Pregunta de transición: ¿Cuál es el cumplimiento del Día de la Expiación? ¿También hay un día del juicio para los seguidores actuales de Jesús?

2. EL JUICIO EN EL SANTUARIO CELESTIAL

De acuerdo con el libro de Hebreos, los servicios y las ceremonias del santuario terrenal eran una representación o sombra de las cosas celestiales (Heb. 8:5). Entonces, la purificación del santuario terrenal ilustraba la obra de Cristo en favor del pecador y el juicio que sería realizado en el cielo. Desde el punto de vista del pecador, el sacrificio de Cristo en la cruz fue completo, pero los registros de los pecados permanecen. Por esa razón, el santuario celestial debe pasar por una purificación.

Apocalipsis enseña que, en ocasión del regreso de Jesús, se dará la recompensa a cada ser humano de acuerdo con sus obras (Apoc. 22:12). Entonces, es necesario que una obra de investigación o juicio preceda el regreso de Jesús. Esta obra era prefigurada por el gran Día de la Expiación en Israel. Llegará el momento en el que Dios comenzará a juzgar a los habitantes de la Tierra, definiendo quien será salvo y habitará en la ciudad santa.

La profecía de la fecha del juicio

La purificación anual del santuario terrenal señalaba a la purificación del santuario celestial. Es evidente que no existe pecado en el cielo, pero sí el registro de los pecados (Apoc. 20:12; Isa. 65:6, 7), y estos deben ser eliminados de los registros de los justos por un proceso judicial. En Daniel 8:14 leemos: "Y él dijo: 'Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado'". Es decir, cuando pasaran 2.300 días proféticos, el santuario sería purificado. Aplicando el principio día/año de interpretación profética (es decir, cada día en profecía equivale a un año literal, según Núm. 14:34 y Eze. 4:6, 7), cuando pasaran 2.300 años, el santuario sería purificado; y llegaría el día del juicio.

El próximo paso es descubrir cuándo comienza este periodo profético. El ángel Gabriel vuelve para explicar la profecía a Daniel y le muestra el evento: "Sabe, pues, y entiende que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas; se volverán a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos" (Dan. 9:25).

La orden para "restaurar y edificar Jerusalén" fue promulgada en el año 457 a.C. (ver Esd. 6:14; y el capítulo 7). Pasando los 490 años dados a los judíos (ver Dan. 9:24), llegamos al año 34 d.C., cuando Esteban fue apedreado. Restan entonces 1.810 años del periodo mayor de 2.300 años. Solo queda sumar esos 1.810 años y la profecía llega al tiempo exacto en el que se iniciaría la purificación del santuario, es decir, 1844. Entonces, el Día de la Expiación en el

año 1844, que sucedió el día 22 de octubre, marcó el inicio del juicio, y entonces Cristo dejó el lugar santo del santuario para iniciar, en el lugar santísimo, una obra de purificación. Así, de la misma forma que el sumo sacerdote volvía al patio para bendecir al pueblo, cuando Jesús termine su obra de juicio, volverá a la Tierra para bendecir a su pueblo y llevarlo al cielo (Mat. 25:34).

Las fases del juicio

Este juicio en el cielo está dividido en tres fases: (a) juicio investigador pre advenimiento; (b) juicio de comprobación; y (c) juicio ejecutivo. En la primera fase solo se analizan los casos de aquellos que un día aceptaron a Jesús como Salvador. Esta fase comenzó el día 22 de octubre de 1844 y terminará cuando Jesús termine su obra en el lugar santísimo del santuario (ver Apoc. 15:8; 22:11).

La segunda fase del juicio (de comprobación) tendrá lugar durante el milenio (Apoc. 20:4). Ese será el día del juicio para los impíos, o sea, para aquellos que no aceptaron a Jesús como Salvador. Eso no significa que habrá esperanza para ellos; el juicio solo se realiza para dejar en claro, delante de todo el universo, el motivo de su perdición. No quedará ninguna duda sobre el carácter y la justicia de Dios en salvar a unos y en condenar a otros.

La tercera fase del juicio (ejecutivo), será la aplicación de la sentencia sobre los impíos y ocurrirá después del milenio. Juan vio la Santa Ciudad, la Nueva Jerusalén, descender del cielo (Apoc. 21:2); vio la segunda resurrección, cuando todos los impíos salieron de los sepulcros (Apoc. 20:5); vio a Satanás suelto y engañando a los impíos para que atacaran la ciudad. Sin embargo, cuando sitiaron la Ciudad Santa, descendió fuego del cielo y consumió a todos (Apoc. 20:7-9). Ese será el fin de los impíos, así como de Satanás y sus ángeles malos.

Pregunta de transición: ¿Cómo escapar de este juicio? ¿Cómo podemos ser salvos en este momento en que los nombres están siendo analizados en el santuario celestial?

3. CRISTO, NUESTRO JUEZ

Solo existe una esperanza de escapar de la condenación en el juicio y obtener la vida eterna: entregar nuestro caso en las manos de Jesús, el Juez justo (Hech. 17:31). Juan enseñó que “el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Juan 5:22). Pablo enseña que Jesús es juez de los vivos y de los muertos (Hech. 10:42). El libro de Apocalipsis, hablando sobre los salvos, declara: “han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero” (Apoc. 7:14).

Los salvos alcanzarán una rica experiencia con Jesús. Creerán en su sacrificio expiatorio y se aferrarán a sus méritos. Por eso la Biblia declara: “Y en

ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hech. 4:12).

CONCLUSIÓN

El autor del libro de Hebreos nos hace una invitación: “Por tanto, teniendo un gran Sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Heb. 4:14-16).

Sí, el templo celestial se convirtió en un lugar de expiación y juicio, pero el Juez nos ama y desea conceder a todos los méritos de una vida sin pecado, que es la única forma de escapar de la condenación eterna. Por eso, vamos a acercarnos a Jesús con confianza.

LLAMADO

Amigos, hoy descubrimos que en el cielo se está llevando a cabo un juicio y que debemos evaluar profundamente nuestro corazón. ¿Qué falta entregar a Dios? Hoy Cristo está realizando un gran juicio, y necesitamos rápidamente deshacernos de todo lo que nos aparta de Dios. Tome hoy su decisión. El tiempo es ahora.

SÁBADO

CRISTO, NUESTRO REY

SALUDO

TEXTO CLAVE: Apocalipsis 19:16

"En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores".

INTRODUCCIÓN

¿Alguna vez tuvo la oportunidad de acampar? ¿Alguna vez durmió en una carpa a la luz de una linterna? Ese tipo de experiencias marcan los recuerdos de las personas de cualquier edad. Los jóvenes, adolescentes y niños que han tenido ese tipo de experiencias siempre tienen algo para contar. En el antiguo Israel se realizaba una de las fiestas más impactantes, Sukkot, "cabañas", más conocida como la Fiesta de los Tabernáculos. En esta fiesta, los israelitas construían cabañas y recordaban cómo había sido la peregrinación de sus antepasados en el desierto, cuando vivían en tiendas o cabañas.

La Fiesta de los Tabernáculos es la única que aún no tuvo su cumplimiento tipológico. Ella apunta a un evento que se está por concretar: el glorioso regreso de Jesús a la Tierra. De acuerdo con el libro de Hebreos, todos los servicios y ceremonias del santuario terrenal eran una representación o sombra de las cosas celestiales (Heb. 8:5). El sumo sacerdote, concluida la obra de expiación, salía del santuario para bendecir al pueblo. De la misma forma, un día Jesús depondrá sus vestiduras de sumo sacerdote, se pondrá sus vestiduras reales y volverá en gloria y majestad para buscar a su pueblo, tal como lo prometió (Juan 14:1-3).

Pregunta de transición: ¿Cómo se celebraba la Fiesta de los Tabernáculos?

1. LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS

La última fiesta en Israel era celebrada entre el 15 y el 22 del 7° mes (tisri). Era una celebración de gratitud, y había dos razones para la alegría. La cosecha final del año había sido recogida, y los medios de subsistencia estaban asegurados. Entonces, las personas también se reunían para alegrarse con los dones del perdón obtenidos en el Día de la Expiación.

El propósito de esta fiesta también era recordarle a Israel la manera en la que Dios los había bendecido y protegido durante el largo viaje por el desierto camino a la Tierra Prometida. Durante los siete días de la fiesta, el pueblo habitaba en tiendas para recordar su peregrinación por el desierto. Luego, se derramaba agua sobre el altar del holocausto, con un pote de oro, conmemorando los tiempos en que Dios siempre proporcionó abundante agua en el desierto. Además de eso, se encendían cuatro grandes candelabros en el atrio del templo. Con inmensa alegría, se cantaban salmos al son de instrumentos musicales. Todo eso representaba la columna de fuego que iluminó y dio calor a los israelitas durante las noches frías de su peregrinación.

Pregunta de transición: ¿Qué enseña la Fiesta de los Tabernáculos sobre el regreso de Jesús?

2. LA CENA DE BODAS DEL CORDERO

La Fiesta de los Tabernáculos señala al tiempo de restauración de "los cielos nuevos y la nueva tierra" que Dios creará después de eliminar el pecado y los pecadores. Isaías describe que en esa nueva creación los redimidos tendrían alegría eterna, sin dolor ni sufrimiento, y se reunirían alegremente cada sábado para adorar a Dios (Isa. 66:22-23).

Dios mismo preparará una gran fiesta. Los salvos en Cristo participarán de una gran cena: La cena de las bodas del Cordero. "Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero" (Apoc. 19:9). Este es el momento feliz cuando los redimidos comenzarán a sentir la alegría de la eternidad. Cada momento vivido será disfrutado con una mezcla de sorpresa y gratitud. Juan, en Apocalipsis, da vislumbres de aquella realización gloriosa y feliz cuando describe a los redimidos celebrando con palmas en las manos (Apoc. 7:9) y cantando alabanzas (Apoc. 7:10; 14:3). Juan escribió: "Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero", y añadió: "Éstas son palabras verdaderas de Dios" (Apoc. 19:9).

En los tiempos bíblicos, las bodas o fiestas de casamiento podían durar varios días. Todos los invitados debían usar un traje de fiesta especial. En la parábola de las bodas contada por Cristo (Mat. 22:1-14), las ropas de fiesta fueron proporcionadas por el rey. Llegar a la fiesta sin la vestimenta adecuada traería deshonra para el anfitrión y arruinaría las festividades. Las vestiduras nupciales en la parábola representan la justicia de Cristo. Por lo tanto, rechazar estas vestimentas representa el rechazo de la sangre del Cordero, quien lava las vestiduras. La única manera de entrar por las puertas de la Ciudad Santa es haber lavado las ropas en la sangre del Cordero (Apoc. 22:14).

Pregunta de transición: ¿Cómo podemos prepararnos para este evento?

3. NUESTRO FUTURO REY

Existen varias descripciones del regreso de Jesús en la Biblia. Sin embargo, una de las más ricas se encuentra en Apocalipsis 19. Jesús vuelve montado en un caballo blanco, y en su muslo está escrito: "Rey de reyes y Señor de señores".

En ocasión de la muerte de Jesús, Pilato mandó a poner un cartel en la cruz, sobre la cabeza de Cristo: "Este es Jesús, el rey de los judíos" (Mat. 27:37). Pero él no es solo rey de los judíos, él es el Rey de toda la Tierra, de todos los pueblos, de todas las gentes. Reconocer este señorío es la clave para participar de su reino. Sin embargo, mientras Jesús estuvo en la Tierra, declaró: "Mi Reino no es de este mundo" (Juan 18:36). Sí, Jesús no vino como rey en su primera venida, pues no había venido para gobernar este mundo corrupto; pero, un día vendrá para recrear este mundo en algo nuevo, ¡y vendrá como el Rey de reyes!

Hay una patria celestial esperando por cada uno de nosotros (Fil. 3:20). Miles ya descansan en esa esperanza. Los patriarcas y profetas la esperaban con expectativa (Heb. 11:13). Los salvos de todas las edades la valoraron como la más preciosa esperanza. El mismo Pablo declaró: "Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Tim. 4:8).

Sí, hay una corona reservada para cada uno de nosotros (Apoc. 2:10); hay una piedrita blanca con un nombre nuevo (Apoc. 2:17) y vestiduras blancas de justicia para cubrirnos (Isa. 61:10). Todo está listo. ¡Solo falta usted!

CONCLUSIÓN

Jesús nos dio el secreto para estar listos para ese reino: "El que crea y sea bautizado, será salvo" (Mar. 16:16). A Nicodemo le dijo: "el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:3-5). Pedro invitó: "Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre" (Hech. 22:16). Y Juan, hablando sobre quién podrá tener acceso a la Nueva Jerusalén, escribió: "No entrará en ella ninguna cosa impura o que haga abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero" (Apoc. 21:27). ¡Alégrese! Dios lo está llamando. Su nombre está en la lista, pues aquel que lo invita dio la vida por usted.

LLAMADO

Un día en el pasado, Dios puso su tienda entre nosotros y habitó en un santuario. Un día, en el futuro, estaremos con él, en su tabernáculo en el cielo, "El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres" (Apoc. 21:3). Pero, para participar de eso, usted debe tomar una decisión. Acepte a Jesucristo como su Salvador personal y decídase por el bautismo. ¡No pierda esta oportunidad!

CRISTO, NUESTRO REY